

# García Malo: esperanzas y temores ante su traducción de la *Ilíada* en 1788

García Malo: hopes and fears before  
his translation of the *Iliad* in 1788

FELIPE RODRÍGUEZ MORÍN

Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII

*CESXVIII*, núm. 29 (2019), págs. 431-459

DOI: <https://doi.org/10.17811/cesxviii.29.2019.431-459>

ISSN: 1131-9879



#### RESUMEN

Habiendo tenido que sufrir las burlas de varios de sus colegas escritores, algunos de ellos amigos suyos, a causa de unos desventurados sonetos publicados en 1784, García Malo se decidió a dar a la estampa en 1788 su traducción de la *Ilíada*. Suponemos que, de esa manera, mediante la traslación por vez primera al idioma castellano de una de las más excelsas cumbres de la poesía, pretendía nuestro autor redimirse ante la opinión pública de su anterior fracaso. Sin embargo, el miedo a volver a incurrir en la crueldad de críticas anteriores, cuestión que podía verse ahora agravada por su situación personal, al hallarse comprometido en matrimonio con una persona de una clase social bastante más baja que la suya, propició que nuestro autor echara mano de toda una suerte de recursos que contribuyesen a atemperar el rigor de las evaluaciones públicas y, en cualquier caso, a desviar sus posibles reproches hacia la parte técnica de su trabajo.

#### PALABRAS CLAVE

Ignacio García Malo, *Ilíada*, traductor, utilidad, temor.

#### ABSTRACT

García Malo had been ridiculed by some of his fellow writers, several of which were his friends, because of some unfortunate sonnets published in 1784. That is why, in 1788, he decided to print his own translation of the *Iliad*. We suppose that, by translating one of the most sublime works of poetry into Spanish for the first time, he was trying to atone for his earlier failure in the eyes of public opinion. However, he feared incurring again in the cruelty of his previous criticism, a situation which could get worse now that he had become engaged to someone from a lower social class. This concern caused our author to draw upon an entire array of resources which may contribute to moderate the harshness of public evaluations, and, in any case, to divert possible reproach about the technical part of his work.

#### KEY WORDS

Ignacio García Malo, *Iliad*, translator, utility, fear.

*Recibido:* 1 de julio de 2018. *Aceptado:* 6 de septiembre de 2018.

## *Censura gubernativa y reediciones de la Ilíada de García Malo*

Dentro del interés que durante la segunda mitad del XVIII se despertó en Europa por los estudios clásicos, cobró un singular relieve la figura de Homero. Mencionaremos, a título de muestra, que Francia conoció en este período la traducción de Bitaubé de la *Odisea* (1764), las de la *Ilíada* de Le Brun (1776) y de Rochefort (1781-1782), así como la de las *Obras completas de Homero* (1786) de Pierre Gin. En Alemania apareció en 1781 la traslación que Voss había elaborado de la *Odisea*, y en 1793 la de su *Ilíada*. Por otro lado, el abate Cesarotti en 1786, y Ceruti en 1787, se encargaron de pasar al italiano sendas versiones de la *Ilíada*. También Inglaterra, que ya contaba con la brillante adaptación de esta obra que había efectuado Pope, recibió en 1791 la traducción de la *Ilíada* y de la *Odisea* llevadas a cabo por William Cowper<sup>1</sup>.

En España el panorama no se presentaba, en principio, tan prometedor, siendo así que, según registra Pérez-Rioja: «Las cátedras de Griego y Hebreo —unas, vacantes, otras provistas nominalmente por quienes desconocían tales lenguas— llegaron a quedarse casi sin oyentes»<sup>2</sup>. Sin embargo, en el último tercio de la centuria, y sobre todo en sus años finales, se asistió a un discreto resurgimiento del helenismo, auspiciado por la reforma universitaria de 1770, y «por los esfuerzos realizados por Campomanes y su equipo»<sup>3</sup>. Como consecuencia de ello, la frecuencia en la impresión de textos griegos traducidos fue notablemente superior a la de años precedentes e, incluso, a la del primer tercio del siguiente siglo, en la que tal práctica sufrió un decaimiento. El mentado Pérez Rioja cita, al propósito, hasta 43 publicaciones de este tipo —de las cuales ocho eran gramáticas— salidas a la luz entre 1759 y 1798 (págs. 200-204).

---

<sup>1</sup> Según datos principalmente extraídos y compendiados de Julio PALLÍ BONET, *Homero en España*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1953, págs. 23-28.

<sup>2</sup> José Antonio PÉREZ-RIOJA, *El helenista Ranz Romanillos y la España de su tiempo (1759-1830)*, Centro de Estudios Sorianos, Patronato «José María Quadrado», Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962, pág. 197.

<sup>3</sup> Concepción HERNANDO, *Helenismo e Ilustración (el griego en el siglo XVIII español)*, Madrid, Fundación Universitaria Española. Seminario Diego Hurtado de Mendoza, 1975, pág. 213.

Ese entorno cultural pareció propiciar durante esos años la afición por los clásicos grecolatinos, con una particular devoción por Homero. Así, Buenaventura Carlos Aribau, remitiéndose a una fecha que Arenas Cruz sitúa alrededor de 1783, nos pone al corriente de esa circunstancia: «Reuníanse estos amigos en la celda del Padre Estala [...]. Allí leía aquel aplicado religioso sus traducciones de varias rapsodias de Homero, y cada uno de los concurrentes llevaba sus borradores»<sup>4</sup>.

La obra de García Malo que ahora nos ocupa coincidió de lleno, pues, con esa etapa de mayor actividad y gusto por hacer más accesibles a los autores de la Grecia antigua. Puesta en letras de molde en 1788, constituyó, además, la primera *Ilíada* completa que se imprimió en la lengua hispana. Porque, en efecto, desde los escauceos de Juan de Mena hasta los de Meléndez Valdés, y no obstante haber sido intentado en repetidas ocasiones, es cosa cierta que, por unas u otras causas, no se contaba con ninguna publicación que ofreciese en castellano la composición íntegra de Homero<sup>5</sup>.

Casimiro Flórez Canseco, catedrático, a la sazón, de griego en los Reales Estudios de San Isidro, fue el encargado único —por la «notoria indisposición y ausencia» de D. Ignacio López de Ayala, a quien también se le había encomendado el trámite— de emitir el informe censorio de la traducción<sup>6</sup>. A través de un escrito de 15 de noviembre de 1787, expresaba Flórez Canseco su conformidad para que pudiera imprimirse el tomo primero. Además, no se limitaba en él a despachar en unas cuantas líneas la valoración de la obra, sino que se detenía también a plantear determinadas opiniones artísticas: «baste decir que Homero es sin controversia el primero y el mayor de los Poetas [...]. Nuestros Literatos no habían emprendido hasta ahora la traducción de la *Ilíada*». Y sobre la de García Malo revelaba que, a pesar de los enormes inconvenientes de traspasar la lengua griega a cualquier otra, «por la armoniosa melodía de sus versos [...], el Traductor se ha desembarazado de ellos con felicidad».

Por otro lado, no quiso Flórez Canseco desperdiciar la ocasión de poner en valor la utilidad de la iniciativa de García Malo: «De manera que los que no

---

<sup>4</sup> Citamos por María Elena ARENAS CRUZ, *Pedro Estala, vida y obra. Una aportación a la teoría literaria del siglo XVIII español*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003, págs. 40-41.

<sup>5</sup> Aunque varios autores, como Juan de Lebrija Cano, Francisco Sánchez de las Brozas, Cristóbal de Mesa y el P. Manuel Aponte se habían entretenido en poner la *Ilíada* en verso castellano, sus trabajos nunca llegaron a imprimirse. Por otro lado, de nuevo el Brocense, así como el jesuita expulso Francisco Xavier Alegre (edición de Bolonia, 1776), la habían transpuesto al latín.

<sup>6</sup> Hablando de la capacitación que habían de poseer las personas comisionadas para dictámenes de este tipo, Serrano y Sanz comenta lo siguiente: «siendo los graves Consejeros de Castilla legos casi siempre para juzgar de los libros, pues su censura no debía limitarse a la ortodoxia, más también al mérito intrínseco y a los errores meramente científicos, solían delegar en personas competentes» (Manuel SERRANO Y SANZ, «El Consejo de Castilla y la censura de libros en el siglo XVIII», en *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, tomo XV, 1906, págs. 28-46 y 243-259, pág. 31).

puedan leer a este Poeta en su lengua encontrarán en esta Traducción lo que basta para formar una buena idea de su profundo saber, y de aquello sublime y maravilloso que caracteriza sus Poesías». Y junto con estos beneficios, concluía el benigno censor encadenando otra suerte de provechos, en argumentación del plázet que, convencido, otorgaba:

Siendo pues esta la primera Traducción de la *Ilíada* que se publica en Castellano, y en la que por las grandes dificultades de que he hablado no puede menos de haber puesto el Traductor mucho trabajo y consumido mucho tiempo; y siendo además esta obra de una utilidad notoria por lo muchísimo que puede contribuir su lectura a formar el buen gusto en este bello ramo de literatura y dar a los Jóvenes una verdadera idea de la sólida elocuencia, me parece muy acreedor el Traductor a que se le dé la licencia que necesita para su impresión<sup>7</sup>.

De todos modos, por los referidos comentarios del evaluador, parece desprenderse, en el fondo, un aroma poco entusiasta para con la calidad propiamente dicha de la traslación; aunque sí que reconocía, desde luego, la enorme dedicación de Malo a su tarea; mérito que consideró suficiente para aprobarla.

Con fecha 7 de diciembre de 1787 le fue enviado a Casimiro Flórez el segundo volumen, para su inspección. Y, por comunicado de 14 de marzo de 1788, este, con notable tacto y miramiento —pues comenzaba y terminaba con elogios para el trujamán—, daba razón de ciertas deficiencias, en «unos pocos lugares en que a mi parecer se peca, o por no haberse alcanzado el verdadero sentido, o no haberse expresado siempre con aquella precisión, exactitud y propiedad de que es capaz nuestra lengua»; e indicaba, acto seguido, los pasajes que debería, si gustase, revisar el traductor, detallando, a la vez, los versos y fragmentos que habían quedado sin verter.

Remitida por segunda vez a Canseco el 10 de mayo de 1788, una vez arreglada conforme a lo que se pedía, expidió este ahora su visto bueno con fecha 9 de junio. Por último, el mismo censor firmó el 1 de octubre de ese 1788 su consentimiento para el tercer tomo, al que no encontró ningún impedimento ni reparo.

Finalmente, de la oficina de Pantaleón Aznar, en Madrid, fueron saliendo, con el título de: *Ilíada de Homero, traducida del griego en verso endecasílabo Castellano por D.* —<sup>8</sup>, los tres tomos de que constaba la obra; siendo así que el

<sup>7</sup> Archivo Histórico Nacional (en adelante: AHN), Consejos, 5553-87.

<sup>8</sup> El volumen primero se componía de 6 págs. sin numerar («Dedicatoria») + XC («Discurso preliminar») + 357 + 1 (correcciones) + 6 (lista de suscriptores); el segundo: 390 págs. + 1 (correcciones); y el tercero: 356 págs. + 3 («Advertencia») + 2 (índice de los tres tomos) + 1 (correcciones y una «Nota»); todos ellos producidos en octavo mayor o marquilla, de 18 cm.

primero de ellos debió de comenzar a venderse a últimos de junio o principios de julio de 1788; el segundo, a finales de octubre o inicios de noviembre, y el último a mediados de enero de 1789.

Por lo que atañe a la pervivencia en el tiempo de esta traslación de García Malo, ha de señalarse que en 1827, bastantes años después de su muerte, acaecida en 1812, fue reeditada en Madrid, en la Imprenta de Vergés, con idéntico contenido<sup>9</sup> y título (incrementado con el rótulo de «segunda edición»), aunque el tamaño de los libros y de la letra eran más pequeños<sup>10</sup>. Curiosamente, esta tirada pareció sufrir la condena de no haber sido catalogada con exactitud por algunos estudiosos. Así, Menéndez Pelayo —y, de paso, Pallí que debió de tomarle el dato (cit., pág. 28, n. 29)— la situaba en 1825<sup>11</sup>. Por su parte, Apraiz, que sí que había establecido con precisión la cronología de las ediciones, pudo haber sido fuente de error en algún autor posterior al efectuar la siguiente anotación: «La primera versión castellana que poseemos completa de la *Ilíada* es debida al erudito escritor popular del siglo pasado y principios del actual, autor de una colección de anécdotas, novelas, etc., reimpressa en Barcelona, en 1827-28, 4 vols. en 8.º, D. Ignacio García Malo: la *Ilíada* de Homero, traducida del griego en verso endecasílabo castellano» (pág. 99)<sup>12</sup>, puesto que la «reimpresión» que menciona va referida a la «colección de anécdotas, novelas, etc.», es decir, a la *Voz de la Naturaleza*; pero la forma en que se enunció hizo factible el desacierto, como así pudo ocurrirle a Cejador, de atribuir la reedición barcelonesa a la *Ilíada*<sup>13</sup>.

Una tercera y, que sepamos, última estampación del texto de García Malo fue realizada en Italia en 1837, en una edición que reunía ocho versiones, incluida la griega, en siete lenguas distintas (al ofrecerse dos en latín). Por tal coyuntura, gozó nuestro autor del privilegio de comparecer al lado de los más

<sup>9</sup> Si bien fue suprimida la «Dedicatoria» al conde de Floridablanca, carente ya de sentido.

<sup>10</sup> T. 1.º: LXXX + 320 págs., 2.º: 349 págs., y 3.º: 326 págs., todos ellos en 8.º. Está confundido, por tanto, Salvá cuando asegura que tenía «igual número de tomos y tamaño» (Pedro SALVÁ Y MALLÉN, *Catálogo de la Biblioteca Salvá* [...], Valencia, Imprenta de Ferrer de Orga, 1872, t. I, pág. 248b).

<sup>11</sup> Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, «Hermosilla y su *Ilíada*», en HOMERO, *La Ilíada. Traducida del griego al castellano por D. José Gómez Hermosilla*, Biblioteca Clásica, tomo III, Madrid, Imprenta Central a cargo de Víctor Saiz, 1878, pág. 16. La misma fecha facilitaba en su *Biblioteca de traductores españoles*, edición preparada por Enrique Sánchez Reyes, vol. II, Santander, Aldus, S.A. de Artes Gráficas, 1952, pág. 121. En cambio, Clément la ubica en 1799 (Jean Pierre CLÉMENT, *Las lecturas de Jovellanos (ensayo de reconstitución de su biblioteca)*, Oviedo, IDEA, 1980, pág. 31).

<sup>12</sup> Julián APRAIZ, *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España* [...], Madrid, Imprenta de J. Noguera, 1874, pág. 99.

<sup>13</sup> Julio CEJADOR Y FRAÚCA, *Historia de la lengua y literatura castellana*, tomos VI y VII, Madrid, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1972 (reproducción facsímil de la misma obra publicada en 1917), tomo VI, pág. 249: «*La Ilíada*..., en verso endecasílabo, Madrid, 1788, tres vols.; Barcelona, 1827».

grandes traductores de la *Ilíada*<sup>14</sup>, honor que, de haberlo adivinado, al igual que en el caso de la calificación positiva de su censor, le hubiera complacido de forma particular y aliviado sobremanera, como más adelante expondremos.

### *Suspicias y prevenciones de García Malo con respecto a su Ilíada*

Escasísimos son los datos que poseemos acerca de los primeros años de vida del autor de esta traducción. Sabemos, eso sí, que Ignacio García Malo y Sánchez nació en la villa de Castillo de Garcimuñoz, en la provincia de Cuenca, el 1 de febrero de 1760, y que a los 17 años de edad fue nombrado por la marquesa de Villena, María Luisa Centurión y Velasco, con fecha 23 de diciembre de 1777, alguacil mayor, por el estado noble, de la mencionada localidad. En dicho empleo tomó posesión en enero de 1778<sup>15</sup>, y suponemos que debió ocuparlo hasta 1780, año en el que le sucedió su hermano Antonio.

A partir de aquí, perdemos su pista hasta el verano de 1783, en el que la reencontramos de manera indirecta, merced a una solicitud por él formulada el 26 de febrero de 1789, en la que pedía licencia para contraer matrimonio, y en donde dejaba constancia de su residencia: «en la feligresía de la Patriarcal, desde el mes de Agosto del año de 1783<sup>16</sup>». Respecto de ese ínterin de los tres años que median entre 1780 y 1783, tenemos noticia de que estuvo en Italia<sup>17</sup>, posiblemente en Roma, en donde residía un tío suyo, monseñor José García Malo, camarero secreto del papa; y probablemente fue allí donde conoció al eclesiástico Antonino de Sentmanat y Cartellá, a cuyo servicio y bajo su protec-

---

<sup>14</sup> *Homeri. Ilias Graece quam vertebant Latine soluta oratione C. G. Heyne. Versibus item latinis R. Cunich. Italicis V. Monti. Germanicis Woss. Anglicis Pope. Gallicis Aignan. Ibericis García-Malo*, Florentiae, Typis V. Batelli et filiorum. Consta de 1703 páginas, que, a pesar de aparecer en dos tomos separados, fueron numeradas correlativamente, figurando en cada una de ellas los ocho textos distintos. Carnero reseña esta edición, a la par que da razón bibliográfica de los otros siete trabajos que conforman el libro, aunque por error la data en 1838 (*vid.* Guillermo CARNERO, «Estudio preliminar», en Ignacio GARCÍA MALO, *Voz de la Naturaleza*, Madrid, Editorial Támesis, 1995, págs. 40-41). Sin embargo, en la portada de ambos tomos figura estampado el año 1837, como puede comprobarse en el ejemplar obrante en la Biblioteca Nacional de España (signatura U-1204-1205), que es el mismo que Carnero cita y el que nosotros consultamos en su día.

<sup>15</sup> AHN, Estado, Orden de Carlos III, expediente 1119, fol. 180v.

<sup>16</sup> Archivo General de Palacio, Libros parroquiales, caja 4812, s. n.

<sup>17</sup> Isidoro de ANTILLÓN, casi seguro autor de «Necrología. Muerte de D. Ignacio García Malo», publicada en la *Aurora patriótica mallorquina* de 1 de julio de 1812, n.º 17, refería de García Malo que «en su primera juventud pasó a Italia y formó allí su gusto» (pág. 70). Igualmente, acerca de su estancia en esas tierras, el propio secretario de la Patriarcal, en el «Discurso preliminar» del *Inocente usurpador* (versión hispana de *El Demofonte del Ab. Pedro Metastasio* [...], Madrid, Benito Cano, 1791), revelaba el «haber visto esta Ópera en música en uno de los mejores teatros de la Italia» (pág. VIII).

ción estuvo Ignacio durante largos años en diversos puestos, hasta alcanzar el de secretario del Vicariato General Castrense y de la Real Capilla.

Continuando con la conjetura, y en consonancia con lo expresado en el escrito de García Malo antes consignado, en donde informaba que pertenecía a la feligresía de la Patriarcal, pensamos que acompañó a Sentmanat de vuelta a España en aquel 1783, cuando este fue nombrado Obispo de Ávila, y luego rápidamente ascendido a patriarca de las Indias, vicario general castrense y capellán y limosnero mayor del rey. Por todo ello sospechamos que nuestro traductor careció de instrucción universitaria, y que las clases de griego que pudo haber recibido no debieron, en principio, de prolongarse más allá de 1777, antes de la señalada designación como alguacil de su municipio. Por otro lado, ignoramos por completo si tuvo tiempo para emplearse en el estudio de esa lengua durante su estancia en Italia.

En consecuencia, y por los datos que poseemos, bien magros por cierto, debemos discrepar de Pilar Hualde cuando, aunque «solo de forma tentativa», suponía que podía haberse procurado «un posible aprendizaje de la lengua helénica en las aulas complutenses, conocimiento que le habría posibilitado el acceso al empleo en la Real Biblioteca<sup>18</sup>». En cuanto a este último punto, la entrada en esa institución, acontecida el 22 de junio de 1789, con el empleo de escribiente celador, la juzgamos, por una parte, como un medio para incrementar sus ingresos pecuniarios al verse ahora, tras su boda con Juana Gila de la Fuente unos meses antes (27 de febrero<sup>19</sup>), obligado a sostener una familia; y por otro lado, como un recurso para remunerar en alguna medida su verdadero trabajo, en la Secretaría de la Patriarcal, a cuyo frente figuraba, aunque de modo prácticamente nominal, Joaquín García Orovio, cuya edad avanzada y continuos achaques le impedían ejercer su cargo de manera efectiva, siendo así que quien realizaba su labor era precisamente García Malo<sup>20</sup>.

Sea de eso lo que fuere, y tornando a la obra que nos ocupa, ha de referirse que se la ofrendó Malo a José Moñino, conde de Floridablanca y primer secretario de Estado y del Despacho Universal<sup>21</sup>. La consiguiente «Dedicatoria» (s.

---

<sup>18</sup> Pilar HUALDE PASCUAL, «*Ilíada* de Homero, en la traducción de Ignacio García Malo (1788)», en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2014, págs. 1-13; pág. 4.

<sup>19</sup> Archivo General de Palacio, Real Capilla, libro 46, folios 39r.-40r.

<sup>20</sup> En directa conexión con este tipo de arreglos, tan comunes en la época —y ante la circunstancia de que aun después de 1794, año en el que fue jubilado el mentado Orovio, continuaba este recibiendo todo el sueldo, gajes, emolumentos y mesillas relativas a su antiguo cargo, ostentado ahora por nuestro traductor—, se encuentra el hecho de que, todavía a la altura de 1798, García Malo solicitase un ascenso en la Real Biblioteca —aunque le resultaba imposible acudir a ella— a fin de compensar de algún modo, bien que modesto, la gran diferencia que existía entre la relevancia del puesto desempeñado y la paga que tenía asignada (Biblioteca Nacional de Madrid, Archivo, caja 321-3).

<sup>21</sup> Con respecto a Floridablanca debemos poner de manifiesto que, en cierta forma, también puede ser conectada su figura con la *Ilíada* que Jacinto Ceruti había traducido al italiano, puesto que este, por carta

n.) con la que aquella se abre le valió a D. Ignacio para exponer la razón fundamental que le empujó a tamaña aventura; un motivo que, además, se encontraba en plena sintonía con uno de los principales postulados ilustrados: la utilidad<sup>22</sup>. Junto a esta cualidad, manejaba cuidadosamente nuestro traductor la virtud de la humildad, pues suponía que esa actitud habría de suavizar en mucha parte la dureza de las posibles críticas. Ambos conceptos, muy socorridos por los traductores de la época, quedaban incluso amalgamados en una misma frase: «El deseo de emplear mis cortos talentos en utilidad de la patria [...]».

De ese modo, el hecho de que España carecía de una traducción de la *Ilíada*, y los consiguientes beneficios que para formar el buen gusto literario se derivaban de su traslación, así como para que, a su vista y comparación, quienes se animasen a escribir adoptaran un grado mayor de exigencia, razonaba nuestro autor que eran argumentos suficientes, que «creo pueden disculpar mi temeridad, y no hacerme indigno de la indulgencia del Público»<sup>23</sup>.

La reseñada «Dedicatoria» daba paso a las noventa páginas del «Discurso preliminar»<sup>24</sup>. Y lo comenzaba su autor explicando la fórmula adoptada para llevar a cabo el transvase textual: «Juzgué que la locución prosaica carecía de fuerza para exprimir la maravillosa armonía de su versificación, su hermosura,

---

fecha en Cartagena —donde ejercía como profesor en la Academia de Guardias Marinas— el 2 de abril de 1786, había solicitado la intermediación de tan poderoso personaje (después de recordarle un encuentro de ambos en Roma once años atrás), con el fin de dedicar su versión al infante D. Gabriel. La correspondiente censura, emitida favorablemente por Rafael Casalbón, fue dirigida igualmente al conde de Floridablanca (ambos documentos se hallan en AHN, Consejos, 11.277-14). Desconocemos, no obstante, si pudo influir en algo ese contacto de Floridablanca con la *Ilíada* en la posterior empresa de García Malo. Respecto del nexo de unión entre ambos individuos, creemos que pudo establecerse a través de José de Anduaga y Garimberti, gran amigo de García Malo y persona que gozó siempre del favor de Floridablanca (*vid.* José COTARELO Y MORI, *Diccionario biográfico y bibliográfico de calígrafos españoles*, Madrid, Tipografía de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1914, t. I, pág. 101).

<sup>22</sup> Así es que puede aseverar Álvarez de Miranda lo siguiente: «Todas las cuestiones se miden en la Ilustración con el rasero de lo *útil*», y «los adjetivos que más frecuentemente acompañan a *utilidad* son por este orden, *pública* y *común*» (Pedro ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 1992, págs. 306 y 307, respectivamente).

<sup>23</sup> Acerca de este asunto, García Garrosa y Lafarga advierten de la siguiente circunstancia: «Se convirtió en un tópico el que los traductores declararan en sus prólogos que la primera razón para tomar la pluma había sido no privar por más tiempo al público español de obras que, por sus méritos literarios o por sus valores morales, gozaban ya de gran fama en toda Europa. Pero como todos los tópicos, no carecía de fundamento» (María Jesús GARCÍA GARROSA y FRANCISCO LAFARGA, «La historia de la traducción en España en el siglo XVIII», *La traducción en la época ilustrada. (Panorámicas de la traducción en el siglo XVIII)*, José Antonio Sabio Pinilla (ed.), Granada, Editorial Comares, 2009, págs. 27-30, pág. 39).

<sup>24</sup> Sobre dicho texto señala Ruiz Casanova que merece la pena rescatar de él algunos de los asuntos que formula, «ya que apuntan sus observaciones el retrato cada vez más definido del traductor moderno, que coteja versiones, estudia la obra y autor traducidos y plantea la difícil tesitura en la que su trabajo se ubica» (José FRANCISCO RUIZ CASANOVA, *Aproximación a una historia de la traducción en España*, Madrid, Cátedra, 2000, pág. 359).

grandeza y sublimidad, y me dediqué a traducir el Libro primero en verso endecasílabo» (pág. I). Por otro lado, unas páginas más adelante, en una reflexión de sumo interés, en la que nos informa sobre algunos de sus planteamientos estéticos, sostiene que, como su trabajo iba a darse a la luz pública, había primado en su método el seguimiento estrecho de la fuente, por encima de su propia teoría al respecto:

Si yo hubiese hecho la traducción de la *Ilíada* para mí solo, o para algunos amigos, tal vez me hubiera acercado más a la armonía imitativa del texto; pero, aunque no ignoro que el Traductor en prosa debe ser un fiel copiante del texto, y que el Traductor en verso es émulo del original<sup>25</sup>, sin embargo, como mi trabajo es para el Público, entre cuya multitud de Individuos la mayor parte no se contenta de las traducciones si carecen de fidelidad, me ha parecido más conveniente acercarme a lo literal, en cuanto lo ha permitido la medida y colocación del verso<sup>26</sup>.

Al entender de Cándido María Trigueros, el referido prefacio comprendía dos partes bien diferenciadas, que él denominaba «prelecciones», en donde la primera de ellas trataba «sobre la nueva versión de la *Ilíada*, dedicada a disculpar los defectos que pueden hallarse en ella, lo cual ocupa 25 llanas»; y la segunda: «sobre el mérito y fama de Homero, en general y por particulares prendas, que lleva el resto del Discurso»<sup>27</sup>.

Muchos recelos, o miedos debieron de atenazar a García Malo antes de animarse a dar a la luz definitivamente su traducción. Esos sentimientos son los que impregnan totalmente la primera de las «prelecciones» a que alude Trigueros; y lo hacen de una forma que, por inusual en él, es harto significativa, puesto que nunca como hasta ahora se nos revelaba desconfiado, temeroso y

---

<sup>25</sup> García Garrosa y Lafarga anotan lo siguiente sobre dicha matización: «es interesante la precisión de Ignacio García Malo, que en el prólogo a su versión de la *Ilíada* reserva el componente creativo de traducción a la realizada de obras en verso: “no ignoro que el traductor en prosa debe ser un fiel copiante del texto y que el traductor en verso es émulo del original”» (María Jesús GARCÍA GARROSA y FRANCISCO LAFARGA, *El discurso sobre la traducción en la España del siglo XVIII: estudio y antología*, Kassel, Reichenberger, 2004, pág. 9).

<sup>26</sup> En cuanto a este concreto aspecto, Francisco Lafarga asienta lo que sigue: «Resulta interesante subrayar un aspecto que añadirá quizá una reflexión de orden sociológico a la puramente literaria. La citada afirmación de García Malo viene a propósito de la justificación de la fidelidad de su versión del texto griego; la causa aducida es que su versión no es para consumo privado [...], sino destinada a su edición y consumo público (Francisco LAFARGA, «El siglo XVIII, de la Ilustración al Romanticismo», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaut (eds.), *Historia de la traducción en España*, Salamanca, Ambos Mundos, 2004, págs. 209-320; pág. 220, n.).

<sup>27</sup> Entre los papeles de Cándido María TRIGUEROS en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander (sin título y sin año). Dicho documento es anotado por Aguilar Piñal como dictamen de censura, junto con el de Flórez Canseco (vid. FRANCISCO AGUILAR PIÑAL, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, t. IV, 1986, págs. 134b-135a, n.º 919).

hasta suplicante: «si mis sabios Lectores, hechos cargo de lo difícil de la empresa, disimulan los defectos de esta traducción, no menos quedaré agradecido a su bondad» (pág. LXXXIX). Estas suspicacias iban dirigidas, preferentemente, hacia el gremio de los escritores, como con anterioridad había dado a entender: «pondré aquí un solo ejemplo corto (con el fin de no molestar demasiado a mis Lectores), que creo será suficiente para aquietar algunos espíritus mal contentos de las producciones ajenas, muy satisfechos de las suyas, y que tienen flujo de criticar aun lo que no entienden» (pág. vi). Por eso, consciente de que, inevitablemente, habían de producirse opiniones divergentes, rogaba el máximo respeto en la formulación de las mismas: «la moderada censura que puedan hacer de mi traducción me será muy grato, que con la prudencia debida y propia entre personas de honor me descubran sus defectos» (pág. XXV).

En relación con el uso de tantos miramientos, se hace menester abrir en este punto un pequeño paréntesis para reflejar un suceso del pasado de Malo que probablemente tuvo alguna influencia en todo ello. Nos estamos refiriendo, en concreto, a unos desdichados poemas que había publicado en 1784 (Madrid, Joaquín Ibarra), con 24 años, al final de un libro de Clemente Peñalosa y Zúñiga, que le acarrearón más de un disgusto. Esta obra llevaba por título: *Elogio del Excelentísimo Señor Don Joaquín Manrique Zúñiga, Osorio, &c. [...]*, personaje este que había sido conde de Baños y consiliario de la Real Sociedad Vascongada, fallecido en agosto de 1783. Las composiciones de García Malo resultaron ser tres sonetos (págs. 39-41) que, además de sumamente infelices, conllevaban un cierto aire adulatorio, pues iban dedicados a la Real Sociedad Vascongada («¡Oh de la patria entibo! ¡Oh dulce Ceres!»), al conde de Baños («Cuando más engolfado en la grandeza»), y al propio Clemente Peñalosa («Destilando tus labios la elocuencia»).

Sobre este asunto, un futuro gran amigo suyo, Manuel José Quintana, dirá a la vuelta de los años: «Unos cuantos humanistas frívolos, y lo que es peor, malos amigos suyos, habían querido esparcir sobre él un aire de disfavor y tal vez de ridículo por la poca fortuna de sus trabajos poéticos»<sup>28</sup>. A tenor de este punto, tenemos que discrepar con el ya mencionado artículo de Hualde Pascual (pág. 10), en tanto que relacionaba las anteriores palabras de Quintana con la traducción de la *Ilíada*, y la consiguiente mofa de alguno de sus allegados con dicho trabajo. Nosotros, en cambio, pensamos que aquella observación de Quintana iba referida a la aparición de los sonetos en el libro de Peñalosa, cuyo pésimo recibimiento por parte de muchos pudo haber sido el detonante que empujara

---

<sup>28</sup> Manuel José QUINTANA, *Memoria sobre el proceso y prisión de D.— en 1814*, en *Obras inéditas del Excmo. Señor D.— [...]*, Madrid, Medina y Navarro, 1872, págs. 186-187.

a García Malo, con su orgullo malherido, a desfigurar su identidad tras unas iniciales trastocadas (D. I. M. S.: Don Ignacio Malo Sánchez), en la portada de su tragedia de 1786 *Guillermo de Hanau*, o de no atreverse a poner su nombre al frente del conjunto de novelas *Voz de la Naturaleza*, que apareció con el de su amigo Mariano de Anaya, hasta que, alcanzado el tomo III (1787), comprobó el gran éxito de la colección. Un tipo de subterfugio protector, en fin, que resultaba anterior en el tiempo a la publicación de su *Ilíada*.

Por otro lado, tampoco debemos juzgar como tema menor y aun más delicado, susceptible también de hipotética chanza, el de su relación, que por aquel entonces suponemos de noviazgo y compromiso de matrimonio, con Juana Gila de la Fuente, sirvienta de Josefa Samitier, condesa de Bellancour, y por tanto de una condición social bastante inferior a la suya; puesto que, como ya antes dejamos constancia de ello, había sido nuestro autor alguacil mayor por el estado noble en su villa de Castillo de Garcimuñoz, al igual que gran parte de sus antepasados, quienes habían «obtenido y desempeñado con la mayor cordura, acierto y desinterés los empleos honoríficos de Gobernadores, Alcaldes y demás de la República»<sup>29</sup>.

Todas esas circunstancias quizá propiciaron que Ignacio García Malo hubiese de tentarse muy bien la ropa antes de sacar a la opinión pública nuevos trabajos literarios, pues era consciente de que aquella podía volverse en su contra de muy diversas y dolorosas maneras. Tal inquietud y temor destilan las siguientes palabras suyas, por más que la literalidad de las mismas parezca decir lo contrario:

Si la crítica que hagan de ella es por envidia o torcida intención, no será tan a sangre fría que dejen de conocerlo los sabios, y no gastaré jamás el tiempo en contestaciones de esta especie, sino en compadecerme del que lo pierda tan sin provecho suyo, ni del prójimo; y si la hacen por ignorancia tendré el gusto de ver que excitará el desprecio de los hombres de juicio, los que conocerán los defectos falsos o aparentes que le atribuyan (pág. xxv).

Pero, a la vez, y a pesar de todo, resulta fácil imaginar que García Malo juzgara necesario acometer ambiciosas empresas creativas, en las que, ganando

---

<sup>29</sup> Así lo expresaron varios testigos con motivo del expediente instruido en 1800 a fin de nombrar a García Malo caballero de la Orden de Carlos III (AHN, Estado, cit., fols. 15-17). Respecto de este preciso tema de la relación de García Malo y Juana Gila puede consultarse Felipe RODRÍGUEZ MORÍN, «El matrimonio desigual en la obra de Ignacio García Malo: ¿un reflejo de su propia biografía?», en *La época de Carlos IV (1788-1808)*. Actas del IV Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII, edición coordinada por Elena de Lorenzo Álvarez, Gijón, Ediciones Trea, 2009, págs. 975-990.

méritos ante la comunidad de los doctos, pudiera su pretérita imagen de poeta ser de alguna forma lavada. En este sentido, la traducción de la *Ilíada* se avendría a las mil maravillas con tal propósito.

Retornando de nuevo a las manifestaciones contenidas en el «Discurso preliminar», y en esa misma y constante línea de permanecer a la defensiva, parece significativo el hecho de que tuviera que justificarse Malo por haber osado verter una obra de la magnitud de la *Ilíada*. Para ello se escudaba en la casualidad de haber empezado su labor a modo de entretenimiento, y no desde luego por la vana pretensión de creerse a la altura del proyecto: «Mucho tiempo hace ejercitándome en la lectura de Homero, por curiosidad, comencé a traducir en prosa algunos pasajes» (pág. I). Continuando con su argumento, atribuía el ulterior impulso más a la inducción de terceros que a un estado de satisfacción por su parte con el trabajo realizado:

Acobardado de estas y otras muchas dificultades insuperables a mi corto talento, desistí de la empresa hasta que, viendo este primer Libro, algunos amigos inteligentes y aficionados a la Poesía me estimularon con la mayor viveza a que continuase la traducción (pág. I).

Otro elemento de esa estrategia consistió en pintar la extrema dificultad de tal objetivo, empezando por la propia materia prima: la lengua; pues, en efecto, consideraba nuestro traductor «imposible trasladar a ningún idioma moderno el valor de las expresiones Griegas, que pintan de un solo rasgo lo que exige muchas palabras en los de todos los demás Pueblos» (pág. v). Algo más adelante (pág. XVIII) abundará en el tema, a la par que describe con donaire algunas particulares dificultades del oficio:

Todas las lenguas tienen sus frases peculiares, y su respectiva armonía (particularmente la Griega y la Latina), y el copiar sus primores en otra, y más siendo verso a verso, es la empresa más difícil aun para los mayores ingenios, pues no es posible tasar las sílabas de unos versos con otros ni, por más cuidado que se ponga, coger un verso de una lengua, y mucho menos de la Griega y Latina, y trasplantarlo en otra con su misma cadencia, expresión y armonía, como se trasplanta una mata de Claveles desde un Jardín a otro.

Aunque no termina por afianzarse del todo García Malo en su propia seguridad, sino que, por si acaso, recurre al cobijo de la autoridad de otros: «No lo digo yo esto, pues el docto P. Isla en su Prólogo a la traducción del *Compendio de la Historia de España*, lo explica difusamente, y en él se encontrará todo cu-

rioso razones tan poderosas que convencen al entendimiento más obstinado»<sup>30</sup> (págs. XVIII-XIX).

Además, si a las cualidades únicas de la lengua griega, se le sumaban las excelencias literarias de Homero, «el primero y el mayor de todos los Poetas, es cuasi imposible, o imposible del todo, trasladar a otro idioma su elevación, hermosura, expresión y grandeza» (pág. XIII). En consecuencia con ello, la táctica de García Malo consistirá en hacer ver a sus lectores que él únicamente podía «dar una idea» de la epopeya, una vaga noción de la misma; concepto este que no se cansará de repetir una y otra vez a lo largo de su introducción; y así lo hace justo en el inicio de sus explicaciones, esto es en la misma «Dedicatoria»: «Lejos de creer yo presentar al Público una copia exacta de original tan grande, me contentaré con dar una idea que descubra lo maravilloso y característico de un Poema tan recomendable como la *Ilíada*» (s. n.); o igualmente en el final de su «Discurso preliminar»: «Mi fin no ha sido otro que el dar una idea de este Poema» (pág. LXXXIX); o también por entremedias de dicho exordio: «nunca me propuse hacer un Poema como el de Homero, sino dar una idea de su *Ilíada*» (pág. XX).

En esa misma línea exculpatoria, que como ya anteriormente señalamos se apoyaba en la humildad —juntamente con la utilidad— como uno de los ejes primordiales de su defensa, reflejaba el escritor en su preámbulo otras semejantes demostraciones de personal modestia: «por mi corto talento poético»<sup>31</sup> (pág. XX), en un intento de trocar la sinceridad por la clemencia de la crítica; o dicho con sus propias palabras: «supliendo mi confesión ingenua la falta de mi talento» (pág. XXII). De esta forma llegamos a la principal razón que, según él manifiesta, le procuró sobreponerse a sus repetidas carencias y le impelió a realizar un trabajo para el que reconocía no sentirse capacitado; y no es otra esta premisa que la ya mentada intención de aportar algo socialmente provechoso: «no es la aclamación del Público la que busco, sino su utilidad»<sup>32</sup> (pág. XXIV). Y por si fuera pequeño este punto, García Malo lo vuelve a salpimentar con otra

---

<sup>30</sup> José Francisco de Isla tradujo este libro del también jesuita, como él, Jean Baptiste Philipoteau, quien había adoptado el apellido «Duchesne» al ingresar en el orden, y que había sido antiguo preceptor de los hijos de Felipe V. Este religioso no debe ser confundido con Jean Baptiste Xavier Duchesne Blanchard, autor de *L'École des mœurs*, reproducido en castellano, en cuatro tomos, precisamente por Ignacio García Malo.

<sup>31</sup> Esta misma expresión «corto talento» asomaba ya desde la primera página de su prólogo, según dejamos antes reflejado.

<sup>32</sup> Pilar Hualde, en el sólido y fundamentado trabajo ya antes reseñado, declara lo siguiente acerca de las pretensiones de García Malo: «esa ilustrada idea de “utilidad” conllevará tres consecuencias: el posible estímulo para que otros traductores se atrean a hacer nuevas versiones del poema, la formación del gusto de los lectores y la posible emulación del modelo épico propuesto por Homero, canon literario aún vigente en pleno Neoclasicismo» (pág. 5).

dosis generosa de franqueza, advirtiendo que su versión de la *Ilíada* es solamente para quienes desconozcan el griego clásico, «pues los que puedan leer con fruto el original no necesitan de mi traducción, ni les aconsejo que ocupen el tiempo en leerla, cuando pueden emplearlo con mucha mayor utilidad en la fuente» (pág. xxii)<sup>33</sup>.

Este deseo de ilustración de los lectores quedaba aún más ennoblecido si, añadiéndole un tono patriótico, presentaba el autor su traslación como una suerte de ensayo que, para mayor fama de España, debiera ser pronto eclipsado: «porque viendo algunos de superior erudición y talentos los defectos de mi traducción, tal vez se animarán a corregirlos y a publicar otra que haga honor a la nación» (pág. xx)<sup>34</sup>. De ahí las múltiples referencias que hace respecto de la singularidad de ser la única *Ilíada* que, hasta la fecha, corría de molde en castellano: «no me graduarán de temerario por no haber traducido con perfección una Obra tan intrincada y dificultosa, cuando no tenga otro mérito que el de ser el primero que la ha expuesto a la censura pública» (pág. iii). En este sentido, se echa de ver que, ya desde la misma «Dedicatoria» a Floridablanca, nos proporcionaba un primer ejemplo de combinación entre humildad y utilidad con otros varios de esos elementos reseñados, tales como el patriotismo o la particularidad de haber sido la suya adaptación pionera en castellano: «es el Retrato de Homero, que, aunque no copiado por un Cunich, un Zamagna, un Pope, un Rochefort, un Rodolfi o un Cesarotti, tiene a lo menos la circunstancia de ser el primero que se expone a los ojos del Público con colores nacionales que pueden darlo a conocer más fácilmente».

Junto a esta serie de mecanismos, diseñados para ganarse el favor del público o, en el peor de los casos, para restringir la extensión de su reproche, y que Trigueros enmarcaba en la llamada «primera prelección», hay que consignar otros que, aunque de manera más indirecta, se acomodaban a idéntico ardid. Entre ellos, la exposición del método utilizado, así como toda la «segunda prelección».

Es evidente que un camino razonablemente seguro para intentar evitar el vituperio de los entendidos pasaba por exhibir un nivel muy alto de preparación en cuanto a la confección de la tarea. Eso por lo menos serviría para alejarlo de

---

<sup>33</sup> Más adelante insistirá García Malo en estos particulares: «porque el mayor número de eruditos, aunque tengan buenos deseos y aplicación, tal vez no tienen proporción o tiempo para estudiar la lengua griega; y no pudiendo leer el original, ninguna utilidad se les sigue de que Homero haya sido un Poeta divino» (págs. xx-xxi).

<sup>34</sup> Ya, previamente, se había entretenido en reflejar el desfavorable panorama que, comparativamente con otros países, sufría el nuestro en lo concerniente a las versiones de la *Ilíada*: «respecto de no haberse publicado ninguna en nuestro idioma (no obstante las muchas que se han hecho en casi todas las Naciones de la Europa)» (pág. ii).

toda aquella caterva de traductores que, *de pane lucrando*, sin rigor ni escrúpulo ninguno hacia la fuente, pululaban por el espectro literario hispano, por más que con harta frecuencia encontrarán la más dura reprobación por parte de los estudiosos. Así, y por poner únicamente un par de ejemplos, traemos ahora el parecer de Ranz Romanillos, quien les endosa la siguiente puya: «esa indiscreta turba de Traductores, que parece haber sido enviada, cual ejército de langostas, a arrasar el ameno país de la literatura»<sup>35</sup>. O, asimismo, el ya nombrado Trigueros, cuando a este propósito expresa: «Quebrántase el corazón al ver tan maltratada la lengua castellana, y causa bascas el oír un lenguaje empedrado de voces y modismos de *tutilimundi*, sin conservar ni aun la sintaxis»<sup>36</sup>. Tal es la causa de que más atrás nos hayamos referido al alivio que suponemos debió de sentir García Malo cuando un especialista en el tema, como era Casimiro Flórez, censor de su *Ilíada*, lo elogió a cuenta de lo ímprobo de su labor.

De ahí también el cuidado extremo que García Malo puso en proclamar la profundidad de sus estudios previos, así como el rigor en su manejo: «junté los mejores comentarios y traducciones de diferentes idiomas, y aprovechándome de sus observaciones y trabajo, y consultando a algunos sujetos hábiles en la materia, me resolví a continuar en verso mi traducción, arreglándome en lo posible al original» (pág. II). Esta última reflexión resultaba, además, necesaria para consignar su capacidad de desenvolvimiento en la lengua griega. Así, en otro lugar del mentado «Discurso preliminar» (pág. LXXIV), dejará caer también tal puntualización: «Es necesario ver el original para percibir todo el primor de este razonamiento».

Para mejor testimonio de su competencia y conocimiento del tema, se ocupó igualmente de transcribir algún que otro fragmento del libro de Homero junto con la correspondiente versión de Cunich, Alegre, Pope, Rochefort, Madame Dacier, Salvini, Bitaubé, Gin, Cesarotti y de una adaptación italiana anónima (págs. VI-XII); rematando la cuestión con las siguientes palabras, colmadas de ansiada erudición:

Estos ejemplos confirman palpablemente lo que llevo manifestado, pues, co-  
tejadas todas las referidas traducciones con el original, se hallará la notabilísima  
diferencia de la armonía del verso y la variedad con que traducen unos y otros, ya  
valiéndose de la licencia poética, y ya queriendo imitar la expresión armoniosa del  
texto» (pág. XII).

---

<sup>35</sup> Arnoldo FILONOO [seudónimo de Antonio Ranz Romanillos], *Desengaño de malos traductores* [...], Madrid, Pantaleón Aznar, 1786, pág. 32.

<sup>36</sup> Cándido María TRIGUEROS, *Mis pasatiempos. Almacén de frusterías agradables, por el ultimo continuador de la Galatea*, Madrid, Viuda de López, 1804, tomo I, pág. XII.

En este sentido, y acerca de la segunda parte del «Discurso» —consagrado, en lo principal, a la defensa de la epopeya homérica, por ser asunto que le importaba a nuestro literato<sup>37</sup>—, se descubre que esta no era en absoluto ajena a la intención que traspasaba por entero la «primera prelección», pues fue aprovechada también por García Malo para desempolvar todo un cúmulo de sapiencia que pudiera avalar la solidez de su cultura y contribuyera a amansar la fiereza de la crítica. Al hilo de ello, irá desgranando más de cien nombres de todas las épocas, como señal de la opinión, en su inmensa mayoría favorable, que la *Ilíada* había generado a lo largo de la historia. Tal despliegue de erudición se potenciaba, además, como el resto del «Discurso preliminar» con frases de diversos autores en sus idiomas respectivos, figurando incluso algunas de ellas con los caracteres griegos originales.

De esa voluntad apologetica para con la *Ilíada* son igualmente consecuencia las páginas últimas del expresado «Discurso preliminar», dedicadas a exponer la instrucción que puede sacarse de la lectura de Homero (págs. LXXVI-LXXXVIII). Dicha finalidad educativa, tan apetecida por Malo durante toda su carrera literaria, se mostraba aquí, sin embargo, más forzada y recogida, menos entusiasta que en el general de sus escritos; ello, según conjeturamos, pudo ser debido a la distancia grande, sobre todo en materia religiosa, que separaba su mundo del de la antigua Grecia: «También enseña el respeto que debe tenerse a Dios, por el que erradamente, y por deplorables supersticiones, tenían los Paganos a sus Dioses» (pág. LXXXII).

Y tratando de conseguir un mayor acercamiento a la figura del ciego poeta, se devanaba nuestro autor tratando de comparar a Júpiter (de ese modo le nombra, en su forma romana<sup>38</sup>) con el Dios cristiano, mas reconoce las imperfecciones y carencias de aquel; por lo cual, se limitaba a esbozar unas cuantas actitudes merecedoras de ser imitadas<sup>39</sup>, con la imprescindible muleta, eso sí, de citas doctas y eruditas. De todas formas, ese parangón entre religiones inspiró en el ferviente católico que era García Malo una vía para adoctrinar a sus contempo-

---

<sup>37</sup> Buena prueba de ese empeño lo constituye la «Advertencia» que, emulando a Dacier, colocó al final del tomo III («para hacer ver las partes que comprehende este Poema, y la exactitud de su composición», s. n.), en aclaración de cómo el relato de los funerales de Héctor y la observancia de la tregua no quebrantaba la unidad de acción, puesto que servían para explicar que la cólera de Aquiles quedaba definitivamente aplacada.

<sup>38</sup> A este respecto, Pilar Hualde, en su artículo ya varias veces citado, señala sobre este trabajo de Malo que «la versión es conservadora respecto de la utilización latina del nombre de los dioses griegos» (pág. 8).

<sup>39</sup> Romero Recio dice sobre esta actitud de García Malo: «Considera incluso ejemplarizante el comportamiento piadoso de los griegos que imploraban humildemente la protección de los Dioses con libaciones, ruegos y sacrificios» (Mirella ROMERO RECIO, «Religión y política en el siglo XVIII: el uso del mundo clásico», *ILU. Revista de Ciencias de las Religiones*, vol. 8, 2003, págs. 127-142, pág. 136).

ráneos, poniendo ante su vista las imponentes dificultades que para guiarse en la vida sufrían los antiguos, carentes de la figura del Salvador, en contraposición con la situación de su tiempo:

Si estos hombres, que caminaban erradamente y a ciegas, sin ser iluminados de la antorcha de la revelación ni conocer los fundamentos incontrastables del Cristianismo, creían estas verdades infalibles y les servían de estímulos para obrar bien y aborrecer la iniquidad y el vicio, ¡qué disculpa podrán tener en su locura y ceguera los impíos e incrédulos que cierran los ojos a su soberana y clara luz (pág. LXXXVIII).

Tras el «Discurso preliminar», y como colofón a ese tan largo preámbulo, insertó Malo una «Nota», en la que tampoco quiso renunciar a ganarse las indulgencias del lector mediante una última demostración de cultura; puesto que, merced a la palabra «pipiantes», que reconoce haber inventado, aprovechó para adornarse con otro recital de muy subidas y exquisitas precisiones filológicas:

pues no hallando voz alguna equivalente en nuestro idioma para expresar la fuerza del *tetrigotas* del Libro segundo, verso 314, me determiné (siguiendo lo que dice Horacio en su *Arte Poética: Si forte necesse est indicíis monstrare recentibus abdita rerum, & c.*) a usar de este participio, que, si no alcanza a demostrar el rechinar de los dientes del Dragon al devorar los pajarillos, hace percibir más bien con el *pi, pi*, duplicado el *pío, pío* de estos, y diciendo simplemente *que piaban* no se exprime en parte la maravillosa armonía del texto (pág. xc).

Es decir, a nuestro juicio, el prólogo entero y los demás elementos introductorios, previos a la traducción propiamente dicha, se habían diseñado como un alegato con el que el traductor pretendía cubrirse las espaldas frente a un hipotético y demoledor rechazo por parte de la crítica.

Para concluir con este punto, se hace menester indicar la circunstancia de que Ignacio García Malo era muy consciente de que todas estas profundas disquisiciones de su prólogo habían de ser interpretadas como excusas, por los defectos de su trabajo, ante los futuros destinatarios; extremo este que, conforme hemos apuntado, creemos que efectivamente sí que se ajustaba por entero a la realidad, por más que él nos lo desmienta: «Me parece que ya estoy oyendo a muchos presuntuosos o superficiales decir que este es solo un Prólogo Galeato, que conspira a mi justificación y a servirme de garante para la crítica. Muy diferente es a la verdad mi fin, y muy diverso mi modo de pensar» (pág. XXIII).

Una vez superada la censura del primer tomo, comenzaron a sucederse los anuncios de la obra en la prensa periódica<sup>40</sup>. Presto en el lance, y tan atento como generoso siempre en las valoraciones de los trabajos que iba dando a la imprenta García Malo, el *Memorial Literario* anticipaba que su impresión se llevaría a cabo en «Febrero del año próximo de 88<sup>41</sup>»; utilizaba, además, el periódico de Joaquín Ezquerro y Pedro Pablo Trullench unos términos claramente comerciales, alabando ya la cara artística: «hará conocer la fidelidad con que la ha seguido el Señor Malo, dándole únicamente aquel giro que ha creído conveniente para hacer la expresión más enérgica, y el verso más fluido» (pág. 424); ya la puramente material: «Esta traducción como ya se ha dicho está dividida en tres tomos en 8.º mayor, que cada uno tendrá más de 450 páginas en buen papel y primoroso carácter de letras»<sup>42</sup> (pág. 428).

A este mismo propósito, nos resulta significativa también una «Nota», en la que se apuntaba una particularidad que el traductor exponía en el «Discurso preliminar», y que en el susodicho periódico fue colocada, para superior resalte, detrás de la propia noticia del libro, en lugar de haber sido incluida en ella. Esa «Nota» puntualizaba lo siguiente: «Para mayor dulzura en las estrofas de la traducción, acaba el último dístico con consonante, como demuestran los anteriores, siguiendo el mismo orden toda la obra» (pág. 429). Matiz que consideramos distinto al recogido de su fuente («Discurso preliminar», págs. XXII-XXIII), donde García Malo explicaba que, «para dar alguna dulzura a mi traducción [...]», y puesto que los lectores estaban más acostumbrados a la rima que al verso blanco, había puesto un dístico al fin de cada estrofa, «aunque muchas veces me he visto precisado a dar algún giro a la expresión del texto, para acomodarlo a rima, y a tomarme en estos versos más licencias poéticas que en los otros». Y es que, entre unas cosas y otras, el que leyera el artículo del *Memorial* sin conocer la *Ilíada*, es decir, la gran mayoría de los potenciales clientes, podía llegar a concebir la impresión de que se encontraba ante una obra más exquisitamente acabada que la original de Homero.

Asimismo, la *Gaceta de Madrid* del 18 de diciembre de 1787 (n.º 101, pág. 843) proporcionaba también indicios, con nuevos datos, de la inminente irrup-

---

<sup>40</sup> Recordemos que Flórez Canseco firmó el plácet del primer tomo el 15 de noviembre de 1787, aunque las diligencias para obtener finalmente la licencia solían prolongarse varios días, o incluso semanas, después de superado ese trámite.

<sup>41</sup> *Memorial Literario, instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, n.º 49, noviembre de 1787, pág. 428.

<sup>42</sup> No se cumplieron del todo en este punto las previsiones, ya que únicamente alcanzó ese número de páginas el volumen primero, quedando el segundo y tercero claramente por debajo de las 400.

ción de la obra en el mercado, informando de que se comenzaría a imprimir a finales de febrero.

De nuevo el *Memorial Literario*, constante en el quite con las publicaciones del joven secretario del patriarca de las Indias, saludaba en su número de julio de 1788, otra vez entre alabanzas, la aparición de su primera entrega<sup>43</sup>. Destacaba el periódico en esa reseña (n.º 66, tomo XIV, págs. 498-502) la necesidad que tenía la nación de la iniciativa emprendida por Malo: «Una de las obras que más falta hacía a nuestra literatura era una buena traducción de la *Ilíada* de Homero»; y argüía que «era poco decoroso a nuestra gloria literaria, que estando traducido este primer modelo de la Epopeya y de la buena poesía en casi todas las lenguas modernas», faltase precisamente en la nuestra (pág. 498).

Proseguía más adelante el *Memorial Literario* exaltando la calidad con la que García Malo había llevado a cabo la labor: «Pasando a la traducción, la hallamos muy exacta y ajustada al original, sin la nimiedad literal de traducir palabra por palabra». Y sobre todo, reconociendo unos extremos que, según ya comentamos, parecían haber obsesionado al traductor: «Se advierte en ella un profundo conocimiento del original, una cabal noticia de todo cuanto hasta ahora se ha trabajado sobre Homero en todas las lenguas, y al mismo tiempo una grande facilidad en expresar con nobleza y energía los más delicados pensamientos del original». Por si fuera poco, se admiraba la referida gaceta de la progresiva superación en su tarea por parte de Malo: «y comúnmente se nota mayor facilidad y nervio a proporción que se va internando en la traducción. Esto nos da sobrado motivo para esperar que en los dos tomos restantes, lejos de decaer, se aumentará el mérito de esta traducción» (págs. 499-500)<sup>44</sup>.

Lamentaba, no obstante, el mismo *Memorial Literario* (págs. 500-502) la escasa resonancia que entre la opinión pública había tenido la iniciativa de Malo, contraponiéndolo al ocasionado en otros países cuando conocieron sus correspondientes versiones. Y finalizaba su extensa reseña con una muy interesante reflexión, en la que se ligaba el futuro de nuestras letras al apego que los autores mostraran por los clásicos; aunque, ciertamente, no se mostraba muy optimista en cuanto al desenlace final:

La verdad es, que hace muy poco honor a nuestra literatura esta indolencia en despreciar esta y otras traducciones que se han hecho del Griego en estos últimos

---

<sup>43</sup> Por su parte, la *Biblioteca periódica anual para utilidad de los libreros y literatos*, de Joaquín Ezquerro (n.º 5, 1788, pág. 28), hacía constar la publicación en ese año de los dos primeros tomos; registrando el tercero en 1789 (n.º 6, pág. 25).

<sup>44</sup> Guillermo Carnero se hace eco del asunto cuando, antes de citar los números 66, 74 y 84 del *Memorial Literario*, comenta que en ellos «la edición de 1788 fue reseñada con elogio» (pág. 40).

tiempos, y juntamente es muy perjudicial para nuestros progresos literarios, pues cualquiera escarmentará a vista de estos ejemplos, y el tiempo y trabajo que había de dedicar a hacer familiar la inteligencia de los perfectos modelos de la antigüedad lo empleará en traducir librillos miserables, puesto que con mucho menor trabajo consigue mayor gloria con incomparable mayor utilidad propia. En tanto que se mire la antigüedad con este desprecio e indiferencia, no esperemos hacer progresos muy envidiables en la literatura<sup>45</sup>.

De todas formas, esa apresurada y temprana conclusión relativa a la respuesta del público lector se vio posteriormente rectificada. Y fue ello con ocasión de anunciar el propio *Memorial Literario* la publicación del tomo segundo de la obra, donde, al paso que se encarecía el mantenimiento del nivel alcanzado en el primero, se felicitaba por la favorable aceptación que este había tenido entre los lectores, superior a la prevista. Asimismo, y remitiéndose al ya mencionado ejemplar del *Memorial* del mes de julio, reconocía que no se esperaban una tan buena acogida por parte del público, lo que, a juicio del periódico, había propiciado un deseo de perfeccionamiento por parte del autor: «y así parece que el Señor Malo estimulado por esto, y por la decente salida de los ejemplares, que anhelan los sabios, se ha esmerado en perfeccionarla en lo posible, como se podrá ver por algunos retazos que aquí insertamos» (*Memorial Literario* de noviembre de 1788, n.º 74, XV, págs. 478-479). Sin embargo, sabemos que nada de esto podía ser cierto, pues la traslación se había llevado a cabo, y remitido a la censura primeramente en diciembre de 1787 y luego en mayo de 1788; esto es, antes de saberse el recibimiento que había de otorgar el público al ejemplar sacado, como muy pronto, en el mes de junio.

En sendos avisos, también la *Gaceta de Madrid* (8 de julio de 1788, n.º 55, pág. 444, y 23 de diciembre, n.º 103, pág. 836) dio cuenta a los suscriptores de la respectiva aparición del primer y segundo volumen, así como de la previsión —insertada en el último de aquellos comunicados— de que el tercer tomo habría de aparecer a mediados del siguiente mes de enero. Entrega, esta postrera, que por cierto aprovechó el *Memorial Literario* (n.º 84, t. XVI, abril de 1789, págs. 661-664) para continuar ensalzando al «Señor Malo»: «el primero que ha logrado traducirlo en nuestro idioma con claridad, entusiasmo y fuego poético de su versificación» (pág. 662).

La aparición del volumen final fue anunciada en la *Gaceta de Madrid* (3 de febrero de 1789, n.º 10, pág. 91), sin escatimar líneas ni aplausos a la tra-

---

<sup>45</sup> No resultará ocioso recordar al efecto que Joaquín Ezquerra, uno de los directores del *Memorial Literario*, era catedrático de Latín en los Reales Estudios de San Isidro.

ducción. Además, su encomiástica recensión, si no directamente redactada por el propio García Malo, sí que subrayaba diversos puntos que, desde luego, le interesaba a aquel dejar bien claros, y que ya había consignado en su «Discurso preliminar». En primer lugar, resaltaba el aviso de la *Gaceta* el intenso esfuerzo y dedicación que el literato hispano había consagrado, durante «algunos años de trabajo y meditación», con el fin de poner al alcance de sus compatriotas una obra como la *Ilíada* que, a pesar de llevar cerca de treinta siglos siendo venerada por la generalidad de los países, nunca había sido impresa en castellano. En segundo lugar, valoraba dicho papel el aspecto meritorio de la utilidad, ya que su confección servía «para proporcionar a la juventud estudiosa un modelo tan apreciable para la poesía y elocuencia, pues siempre ha sido la fuente donde los historiadores, oradores y filósofos bebieron el arte de ser grandes y sublimes». Por último, tampoco se olvidaba de resaltar los peligros inevitables que, para satisfacer los objetivos anteriores, había tenido que afrontar el escritor para transvasar a Homero, pues «las traducciones de las obras de este poeta divino son en cualquiera lengua muy inferiores al original, cuya majestad y armonía es inimitable».

Y al igual que en este pasado caso, en que salió a la luz por vez primera, la misma *Gaceta* (n.º 117, 27 de setiembre de 1827, pág. 468) dio oportuna cuenta de la reedición acaecida en 1827, declarando la demanda que existía en ciertos sectores, si bien minoritarios, por este tipo de libros: «El editor se ha propuesto satisfacer la curiosidad de muchos sabios que buscan las obras de esta clase». Y proseguía su comentario adoptando una perspectiva teológica, puesto que elogiaba mucho de esta traducción («utilísima a todos los hombres, ya considerados en la sociedad, ya aun en orden a la religión») que, al socaire de las ficciones del paganismo, pudiesen ser vislumbradas «muchas ideas muy conformes a las verdades que nos enseña la revelación», para confusión ello de los incrédulos modernos. Por otro lado, destacaba, asimismo, la *Gaceta de Madrid* el asequible coste del libro, que se despachaba «al moderado precio de 36 rs. en pasta, mitad de precio de lo que se vendía la anterior cuando estuvo venal»<sup>46</sup> (pág. 468).

---

<sup>46</sup> Resultaba, por consiguiente, esta versión bastante más asequible, desde un punto de vista económico, que la realizada por José GÓMEZ HERMOSILLA (*La Ilíada de Homero, traducida del griego al castellano*, Madrid, Imprenta Real, 1831, 3 tomos en 4.º), que se expedía a 72 reales en papel, 75 en rústica y 87 en pasta, según dejó registrado la *Gaceta de Madrid* de 5 de abril de 1836 (n.º 43, pág. 170) y la de 13 de agosto de 1836 (n.º 604, pág. 4).

Hemos señalado antes cómo el *Memorial Literario* en noviembre de 1788, corrigiendo su opinión previa, había recogido la favorable aceptación que había gozado la traducción de García Malo. Pues bien, no desmintieron ese punto sus coetáneos, mayoritariamente afectos a la misma, comenzando por su propio censor, Casimiro Flórez Canseco, quien con su presencia en la lista de suscriptores de algún modo respaldaba su valía. Dentro de los cien nombres que conformaban esa nómina, figuraban 6 nobles, entre los que se encontraban el duque de Osuna y la duquesa de Alburquerque, 17 clérigos, 4 militares y varios literatos, como Bernardo María de Calzada, Anduaga, León de Arroyal o Antonio Valladares de Sotomayor, Gregorio Valcárcel Salazar, sobrino de Juan Clímaco de Salazar, o el ya antes citado Clemente Peñalosa y Zúñiga, sumiller de cortina, amén del impresor Antonio de Sancha, que suscribió seis ejemplares, al igual que el librero Juan Orcel.

En similar línea valorativa que la seguida por Casimiro Flórez en su dictamen censorio, ha de situarse el testimonio de Trigueros, cuando calificaba como «una verdadera pérdida» el supuesto de que no se hubiese publicado. Paradójicamente, las únicas deficiencias que Trigueros observaba en la obra no dejaban de tener su gracia, pues las circunscribía al propio «Discurso preliminar», es decir, a la vía que había empleado Malo para intentar diluir aquellas:

su estilo es regular, aunque se pudiera limar un poco, y purgarle de alguna expresión o palabra extraña: también pudieran evitarse algunas repeticiones: por ejemplo, lo que sobre la armonía imitativa de Homero se dice, es muy bueno, pero se repite tanto, y se desciende a cosas que algunos quisieran que solo se hubiera hablado una vez.

Asimismo, Juan Clímaco de Salazar, destacando la utilidad que de su lectura se desprendía para la formación estética de la juventud, confirmaba esa visión laudatoria del poema en castellano: «Yo no dudo que las bellezas del ciego Cantor, comunicadas en la traducción de Vmd. a toda nuestra nación, iluminasen los ojos y la mente de la juventud española para que sepa discernir lo precioso de lo vil, y la verdadera natural belleza de la apariencia falsa y superficial»<sup>47</sup>.

---

<sup>47</sup> «Carta» de Juan Clímaco de Salazar a García Malo en 1788 o 1789, que se conserva en la Real Academia Española como parte del Legado Rodríguez Moñino y María Brey: M-RAE, RM CAJA 73-26.

No habrían de pasar muchos años, sin embargo, para que una voz discordante y reprobadora se alzase contra la adaptación de Malo. En efecto, en 1798 Alberto Lista, un novel escritor entonces de 22 años, que disparaba su munición dialéctica contra gran parte de los autores de la época, la motejará, con desdén, de «ahorcada traducción»: «Con alegre sonrisa el rostro baña / La Diosa, y así dice: “¡Oh hijos míos! / Atended los consejos de una madre. / Estos autores que los sabios llaman / Modelos del buen gusto, haced que brillen / Sin luz propia en ahorcadas traducciones”». Y tras este vocablo «traducciones», remitía a una nota al pie de página, en la que el poeta apostillaba lo siguiente: «Este precepto ha seguido constantemente el traductor español de la *Ilíada*»<sup>48</sup>.

En este tema de la acogida de dicha traducción por parte de sus coetáneos, llama la atención sobremanera el hecho de que a la altura de 1805 Jovellanos no tuviera aún ninguna noticia de la existencia de la misma. Esto es, a lo menos, lo que se desprende de los comentarios que dejó plasmados en su carta a Carlos de Posada, en fecha 25 de abril de ese año:

Es doloroso que no conozcamos la *Ilíada* de este dios de la poesía en castellano [...]. Aún es más doloroso que, teniendo en el día cuatro insignes poetas, Meléndez, Moratín, Cienfuegos y Quintana, todos descendientes de Asturias, ninguno se haya levantado a embocar la trompa épica en favor del fundador de la monarquía actual y en obsequio de la acción más brillante y digna de la epopeya<sup>49</sup>.

Y resulta todavía más sorprendente aun esta ausencia de noticias si tenemos en cuenta que Jovellanos se hallaba en Madrid en 1788, en el momento de la edición, y que esta fue puntualmente anunciada, según hemos visto más atrás, en periódicos como el *Memorial Literario* (al menos en cuatro diferentes ocasiones), la *Gaceta de Madrid* (tres veces), y otras dos en la *Biblioteca periódica anual para utilidad de los libreros y literatos*. Todo ello en una ciudad no demasiado grande, con D. Gaspar siempre atento al panorama cultural —y además con muchos amigos que fácilmente podían ponerle al corriente de las novedades literarias, especialmente si habían de resultarle

---

<sup>48</sup> Alberto LISTA Y ARAGÓN, *El imperio de la estupidez* [traducción libre de la *Dunciad* de Pope], *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 67. *Poetas líricos del siglo XVIII*, colección formada e ilustrada por Leopoldo Augusto de Cueto, tomo 3.º, Madrid, Atlas, 1953, pág. 389. Eterio Pajares se había referido ya también a este episodio: «Lista critica negativamente esta traducción en *El imperio de la estupidez*» (Eterio PAJARES INFANTE, «El anónimo traductor de la versión española de *Pamela Andrews*», en *Livius. Revista de Estudios de Traducción*, 1 (1992), pág. 205).

<sup>49</sup> Gaspar Melchor de JOVELLANOS, *Obras completas*, tomo IV, *Correspondencia*, 3.º (abril, 1801-septiembre, 1808), edición de José Miguel Caso González, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Gijón, 1988, pág. 196.

así de gratas—, puede parecer hasta cierto punto cosa inverosímil y harto difícil de explicar.

Retornando a la nómina de los que sí conocieron la transcripción de Malo y emitieron un juicio de valor, aunque fuera, como ahora ocurre, de forma poco halagüeña, acudimos a la opinión del siguiente traductor de la *Ilíada* al castellano, Gómez Hermosilla, quien consideraba que «terminar cada párrafo en dos versos pareados, como imaginó García Malo [...]: es siempre poner al poeta que se traduce casaca de dos colores, o vestirle de arlequín. El poema épico serio exige un solo metro desde el principio hasta el fin»<sup>50</sup>.

Treinta años después, Alcalá Galiano, abundando en esa veta de desaire y disfavor, llegará a dudar, incluso, de que la traslación fuera traída directamente de Homero: «La *Ilíada de Homero* apareció en este reinado por la vez primera en verso castellano; pero con suma infelicidad, y aun sospechándose que su traductor D. Ignacio García Malo no lo fue del original griego»<sup>51</sup>. Este comentario fue posteriormente ampliado por el mismo Alcalá Galiano, en términos incluso más duros: «No la tradujo, sin embargo, directamente del original; se sospechó maliciosamente que en vez de recurrir por lo menos a la versión literal latina se limitó a poner en español a Dacier, Bitaubé o Lebrun. Tan deplorable versión apenas fue leída»<sup>52</sup>.

Por esta misma vía desaprobatoria, llegamos a Menéndez Pelayo para obtener una nueva evaluación del poema<sup>53</sup>. El trabajo de Malo, fuera de que es «estimable a veces por la fidelidad», le inspiraba los siguientes comentarios: «es infelícísimo, arrastrado y prosaico. Apenas puede soportarse su lectura. Pruébelo el lector, y se convencerá por sí mismo. El intérprete llevaba en su nombre la sentencia»<sup>54</sup>.

<sup>50</sup> «Discurso preliminar», en *La Ilíada de Homero*, cit., t. I, pág. xxx.

<sup>51</sup> Antonio ALCALÁ GALIANO, *Historia del Levantamiento, Revolución y Guerra Civil de España [...]*, tomo I, Madrid, Librería de D. Leocadio López, 1861, pág. 121.

<sup>52</sup> Antonio ALCALÁ GALIANO, *Literatura española siglo XIX. De Moratín a Rivas*, traducción, introducción y notas de Vicente Llorens, Madrid, Alianza Editorial, 1969, pág. 120. Respecto de estas dudas suscitadas por Alcalá Galiano, y examinadas las diversas versiones francesas, hemos de reconocer que no nos falta mucho para caer en esa misma tentación, y suponer que García Malo se acogió al texto de Anne Dacier como modelo a seguir muy de cerca.

<sup>53</sup> En 1836 Manuel Godoy únicamente se limitaba a consignar el dato: «don Ignacio García Malo, traductor de la *Escuela de costumbres*, de Blanchard, y el primero que probó a traducir la *Ilíada* en metro castellano» (PRÍNCIPE DE LA PAZ, *Memorias [...]*, tomo I, edición de Carlos Seco Serrano, en *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 88, Madrid, 1965, pág. 229).

<sup>54</sup> MENÉNDEZ PELAYO, «Hermosilla y su *Ilíada*», pág. 16. En un trabajo fechado en Santander el 19 de noviembre de 1875, incluido en la *Biblioteca de traductores españoles* (cit., pág. 121), tildaba Menéndez Pelayo a García Malo de «ser un execrable poeta y de cometer con la *Ilíada* nefandos sacrilegios». Más dulcificado parecer mostrará unos años después al reconocerle cierto merecimiento en aquella empresa: «Con talentos muy inferiores a los de Berguizas y Estala, coadyuvaron por aquellos días a mantener la tradición

Más positivamente, en cambio, fue contemplada la obra de Malo por Cejador —«helenista y clásico, no de los seudos, sino de los verdaderos, tuvo el mérito de ser el primero que tradujo la *Ilíada*»<sup>55</sup> (pág. 249)—, o, fuera de los parámetros estrictamente técnicos, por Ruiz Bueno, quien, tras el consiguiente varapalo filológico, apela a «sus buenas intenciones [...], que fueron de dar a conocer a Homero a quienes no pudieran leerlo en su lengua original»<sup>56</sup>.

De todas formas, el poderoso ascendiente de D. Marcelino se dejará sentir en estudios posteriores. Tal es el caso de David Rubio, que cita el nombre de aquel para apoyar su comentario<sup>57</sup>, y quizá de Porto-Bompiani, cuando habla de «la mediocre traducción en verso endecasílabo de Ignacio García Malo»<sup>58</sup>. Por su parte, Pallí Bonet (pág. 28), cuyo criterio condenatorio concordaba con el de los precedentes, entra más a fondo en el análisis. Así, contempla como un error la forma métrica empleada: «versos endecasílabos libres con los dos finales de cada estrofa formando pareado», por no ser la más apropiada «para los hexámetros homéricos, ya que obligan al traductor a sacrificar a ella la fidelidad»; ni tampoco juzga apropiado «las libertades que se permite y los epítetos con que acompaña a los sustantivos» (pág. 29); lamentándose, en fin, de que no se supiera transmitir, dentro de lo factible, las bellezas del original, con lo que la composición resulta «pobre y lánguida sin aquel nervio interno y sin aquella sublimidad característica del poema épico» (pág. 30).

Los problemas acarreados por el tipo de versificación escogido son, igualmente, a juicio de Concepción Hernando la causa de algunos de los defectos de la versión de Malo, que de esa forma «sacrificó mucho de la belleza de Homero», puesto que «la búsqueda de sinónimos, cuando el exacto equivalente del término griego no le permite sumar las 11 sílabas, da al traste en más de una ocasión con la fidedigna interpretación del texto. La sintaxis en castellano resulta enor-

---

del clasicismo puro varios helenistas nada poetas, tales como D. Ignacio García Malo, que tuvo el mérito de imprimir antes que otro alguno una traducción castellana de la *Ilíada* en 1788» (*Historia de las ideas estéticas en España*, edición de Enrique Sánchez Reyes, t. III, siglo XVIII, Santander, Aldus, S. A. de Artes Gráficas, 1947, pág. 392).

<sup>55</sup> En realidad, ignoramos cómo pudo Cejador llegar a la conclusión de que Ignacio García Malo había sido un auténtico helenista, pues no nos hemos topado con ningún dato en toda su biografía ni en su menester de escritor que, de alguna manera, permitiera adscribirle esa cualidad de especialista en el mundo griego, aparte, claro es, de la circunstancia de haber traducido la *Ilíada*. Acerca de este punto, quizá hubiera que buscar en Menéndez Pelayo la fuente de dicha observación, a nuestro entender, errónea, ya que en su *Historia de las ideas estéticas en España*, tal y como hemos reflejado en la nota anterior, graduaba de helenista a D. Ignacio.

<sup>56</sup> HOMERO, la *Ilíada*. Estudio preliminar y versión rítmica por Daniel RUIZ BUENO, tomo I, Madrid, Hernando, S.A., 1956, págs. 125-126.

<sup>57</sup> David RUBIO, *Classical Scholarship in Spain*, Washington, D.C., Mimeoform Press, 1934, pág. 134.

<sup>58</sup> GONZÁLEZ PORTO-BOMPIANI, *Diccionario literario de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países*, Barcelona, Montaner y Simón, S.A., tomo VI, 1959, pág. 133.

memente forzada<sup>59</sup>» (cit.,pág 225). Aunque acaba rematando con piadosos ribetes el epígrafe correspondiente a nuestro ilustrado, excusándole por sus culpas: «¿Cómo reproducir, en verdad, tanta “armonía” en nuestra propia lengua? Reconozcamos la perplejidad de nuestro traductor y, agradeciéndole su esfuerzo, perdonémosle las deficiencias. ¡Son tantas las bellezas irreproducibles!» (pág. 226). Por su parte, Guichard opta también por esa ambivalencia que primero condena: «Su principal defecto está en el plano narrativo; los episodios están entrelazados con tosquedad, de modo que se tiene la impresión de estar partiendo desde cero a cada paso»; pero que, posteriormente, y a pesar de los errores, acaba absolviendo al esforzado traductor: «el ritmo interior de los versos está bastante bien logrado y en su momento representaba un buen intento por adaptar la épica griega al endecasílabo castellano. García Malo estaba bien informado»<sup>60</sup>.

### Conclusiones

La obra entera de Ignacio García Malo nos da testimonio de su total confianza en la literatura como medio para cooperar a la perfección del individuo y, por ende, para procurar el progreso de la humanidad. «Todo escrito debe tener por objeto la utilidad pública», dirá persuadido<sup>61</sup>. No es de extrañar, pues, que con arreglo a ese criterio se aventurase a trasladar al castellano uno de los títulos más importantes de la historia, pues era consciente de los beneficios que para una parte de los lectores se derivarían de tal suceso. Entre ellos, resaltaba el de educar el gusto artístico de las gentes y fomentar su estima, especialmente en los jóvenes, poniendo a su vista y fácil alcance uno de los textos más adecuados para ello. Además, se dotaba a la nación de un libro que hasta la fecha no existía en castellano.

---

<sup>59</sup> De parecido sentir se muestra Hualde Pascual, cuando apunta que la labor de Malo «dejaba bastante que desear no sólo en cuanto a su fidelidad al texto original, sino también a la forma poética de su versión castellana» (Pilar HUALDE PASCUAL, «Valoración de las traducciones de Homero en los siglos XIX y XX en España e Iberoamérica: de Hermosilla a Leconte de Lisle», en *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio: actas del congreso internacional de los clásicos*, coord. por María Consuelo Álvarez Morán, Rosa María Iglesias Montiel, Universidad de Murcia, 1999, págs. 369-377). Acerca de los problemas acarreados por el tipo de verso adoptado por Malo se pronuncia también Martínez García, al manifestar que «nada hay más nocivo para una traducción de la *Iliada* que la recreación de una rima que no existe en el original» (Óscar MARTÍNEZ GARCÍA, «Hermes, el dios que envejece. Un ejemplo: *La Iliada*», *Hermeneus. Revista de Traducción e Interpretación*, nº 3, 2001, págs. 1-17, pág. 5).

<sup>60</sup> Luis Arturo GUICHARD, «Notas sobre la versión de la *Iliada* de Alfonso Reyes», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LII (2004), págs. 409-447; pág. 413.

<sup>61</sup> «Advertencia», *Los derechos de la soberanía nacional. Contra el despotismo y la hipocresía*, Palma de Mallorca, Imprenta Real, 1810, h. s. n.

Sin embargo, no todo resultaba tan sencillo, pues García Malo se hallaba, de años atrás, marcado con el estigma de mal poeta a cuenta de unos desafortunados sonetos publicados en 1784, los cuales le habían valido la burla de diversos escritores, e incluso de amigos suyos. Esta coyuntura, que a la altura de 1788 García Malo parecía no haber superado, provocaba que, ante la incertidumbre de sus nuevas producciones, eliminara su nombre de la portada de las mismas, sustituyéndolo por iniciales que, incluso, tergiversaba. Por si fuera poco, la intención inequívoca de contraer próximas nupcias con una persona de rango social inferior, creemos que acentuó en él ese desasosiego y temor ante las críticas perversas.

Pero, en el otro lado de la balanza, había que colocar el hecho de que la exitosa acogida de la versión de una obra tan señera como la *Ilíada* podría redimirle para siempre de su antigua fama de vate fracasado. Finalmente, García Malo se decidió a dar a la estampa la traducción de Homero con su nombre al frente, sin ocultarlo tras un seudónimo, pero no sin tejer antes un cuidadoso sistema de protección para repeler los posibles ataques de un inflexible sector de los destinatarios. En el diseño de este procedimiento, desempeñaba un papel fundamental, por un lado, el reiterar el deseo de utilidad, faro de la Ilustración y salvoconducto seguro para ganarse, en mucha parte, la indulgencia del público; y por otro, se alzaba determinante exhibir una postura de humildad por parte del escritor, atento en ser el primero en quitar mérito a su propia creación. Pero, junto a esta declaración de modestia, mil veces repetida en la primera fase del prefacio, jugó García Malo con la demostración y evidencia de justo todo lo contrario, desplegando en la segunda mitad de la misma todo un arsenal de profundos conocimientos, como prueba de todo el tiempo y fatigas consumidas en el estudio de las distintas versiones de la obra, con la esperanza puesta siempre en resultar así exonerado del oprobio de ser confundido con un traductor ganapán.

De todas formas, y por más que la prensa coetánea le brindó la más encendida bienvenida a su traducción, las censuras al trabajo de Malo no tardaron en abrirse paso, y estas se han ido sucediendo desde finales del XVIII hasta el momento presente, centrandose principalmente la fuente de sus males en el tipo de verso escogido. Además, hubo algún autor, como fue el caso de Alcalá Galiano, que hasta dudó de que la hubiera vertido del griego, y no del francés.

Pero, a pesar de los muchos reproches cosechados a lo largo del tiempo, creemos a buen seguro que D. Ignacio, en términos generales, se hubiera dado por satisfecho con la valoración de los eruditos, puesto que, ajenos a cualquier cuestión personal, se limitaron a señalar los defectos técnicos que observaron en su traducción; sin que ninguno de ellos pudiera decir de él que no se había tomado la labor en serio, ni que anduvo escaso de ganas ni de entendimiento

para afrontar tan magna iniciativa literaria. De esa forma, quedó intacto el orgullo que Ignacio García Malo debió de sentir por ser el primero en poner la *Ilíada* en castellano; un sentimiento especial que creemos solamente guardó para con esa su creación, puesto que en una instancia al rey fechada el 3 de mayo de 1798 —con la mayor parte de su producción artística ya realizada—, consignaba como mérito personal el «que añadió a nuestra literatura la traducción (que no tenía) en verso Castellano de la *Ilíada* del inmortal Homero»<sup>62</sup>, postergando así, de algún modo, todo el resto de su obra literaria.

---

<sup>62</sup> Biblioteca Nacional de Madrid, Archivo, sig. 91, doc. n° 25.